

## **Frantz Fanon y la psicoterapia institucional (1991)\***

### **Frantz Fanon and institutional psychotherapy**

**François Tosquelles**

**Resumen.** Este texto fue escrito a petición del Instituto Nacional de Salud Pública de Argel, que quería organizar, el 4 y 5 de diciembre de 1991, un encuentro de psiquiatría con motivo del trigésimo aniversario de la muerte de Frantz Fanon. Esta reunión no tuvo lugar debido al contexto político local y la falta de participación de los psiquiatras de Argelia, pero François Tosquelles deseó su publicación en las actas de las Segundas Jornadas de Psiquiatría de Dax.

**Palabras clave:** Frantz Fanon, Saint-Alban, psicoterapia institucional.

**Abstract.** This text was written at the request of the National Institute of Public Health of Algiers, which wanted to organize a psychiatry meeting on December 4 and 5, 1991, on the occasion of the thirtieth anniversary of Frantz Fanon's death. This meeting did not take place due to the local political context and the lack of participation of the psychiatrists of Algeria, but François Tosquelles wanted its publication in the minutes of the Second Journeys of Psychiatry of Dax.

**Keywords:** Frantz Fanon, Saint-Alban, institutional psychotherapy.

Hoy me vino de Argel la convocatoria para discutir en un encuentro de psiquiatras –varios actores del campo de la psiquiatría– de otro encuentro que reunió a Frantz Fanon con la psicoterapia institucional.

No me atrevo a decir que en cada encuentro humano, lo que está en juego –o los dados– está siempre trucado. Sin embargo, quiero decir, sin ningún tipo de indecencia malintencionada de mi parte, que no hay una

---

\* El presente artículo fue traducido del francés al español por Wioletta Slaska a partir del artículo en francés publicado bajo el título “Fanon et la psychothérapie institutionnelle”, en el número 14 de la revista *Sud/Nord* (pp. 167-174).

palabra que circule entre los hombres que no sea en sí misma una verdadera síntesis –un *montaje* de muy numerosos acontecimientos que han dado forma a los encuentros anteriores, y que han solapado el tiempo y el espacio transitado por los hombres. La corta duración de nuestras vidas no encierra en un bloque el movimiento del saber y del olvido –de lo grabado y de lo no percibido– que sobresalen sobrepuestos en las vueltas del discurso que los hombres mantienen en sus encuentros concretos. Es así como la vida y la historia de la vida de Frantz Fanon –con su presencia real en Saint-Alban, donde jugué un papel de catalizador entre los numerosos actores implicados en las acciones realizadas en las prácticas psiquiátricas locales– salieron a la luz sólo de una forma vacilante a lo largo de los tres años de su estancia entre nosotros.

En lugar de responder inmediatamente, de una forma abiertamente significativa, a petición de Argel, sobre lo que Fanon trajo y recibió en Saint-Alban, voy a limitarme a contar tres o cuatro anécdotas cuyo fecundo impacto queda siempre en suspenso, y, por eso mismo, puede ser retomado varias veces.

En primer lugar, voy a recordar lo que constituyó mi primer encuentro con Fanon. Esto dará lugar a otras anécdotas que reunieron a varios auxiliares –incluso amigos o familiares– en las comidas de tono más o menos alegre. Desde luego, para terminar, voy a recordar brevemente algunas anécdotas verdaderamente profesionales.

Para empezar, he de decir que en la primavera de 1952, cuando Fanon vino a encontrarme en mi casa en Saint-Alban, nadie hablaba todavía de la psicoterapia institucional. Fue casi al mismo tiempo que Daumezon y Koechlin llamaron así a una cierta serie de actividades intermitentes, pero coherentes, que habíamos establecido en Saint-Alban a partir de 1940.

Éste es el testimonio del primer encuentro entre Frantz Fanon y yo en Saint-Alban.

No hace falta ocultar aquí mi sorpresa –incluso la aparición de mi curiosidad– al notar la diferencia radical que había entre el color de su piel y la de la mayoría de los hombres con los que solía mantener relaciones concretas. Minimicé los primeros efectos de sorpresa, invitándole abiertamente a hablarnos acerca de lo que él mismo esperaba de nosotros. Creo haberle dicho que estábamos dispuestos a satisfacer su petición, sinceramente oscura para mí. Relativamente bien educado, le di la mano, le invité a sentarse, y le pregunté:

– ¿Qué podemos hacer aquí por usted?

– En Lyon –dijo– había oído que en Saint-Alban habían implementado una práctica psiquiátrica enfocada especialmente a la complejidad de las diferencias –mantenidas y reforzadas a veces trágicamente– que unían a los hombres que se trataba de cuidar entre sí.

Creo haber dicho que, de hecho, sus palabras correspondían con bastante precisión a lo que guiaba nuestras acciones profesionales en Saint-Alban. Sin embargo, si estaba de acuerdo con él en el hecho de que las diferencias eran siempre numerosas y complejas en lo que cada quien proporcionaba en sus encuentros con los demás, había también, en el fondo, similitudes, analogías e incluso muchos procesos idénticos en curso en todos los hombres.

Ninguna diferencia puede aparecer entre los hombres –incluso entre las cosas– sin que se tome en cuenta al mismo tiempo su similitud o incluso su identidad.

El carácter abstracto de estas primeras interacciones no engañaba ni a él ni a mí. La referencia discreta al color de nuestras pieles se volvía el centro de nuestras entrevistas. La cosa en cuestión fue inmediatamente entendida de esta manera por Fanon, ya que me ofreció en seguida su libro *Piel negra, máscaras blancas*. Después me contó de su sufrimiento, que había estallado recientemente en la calle, en Lyon, cuando caminaba con su novia –blanca. Fue detenido violentamente, trasladado a la comisaría y maltratado durante horas por los policías que lo acusaban de participar en tráfico de drogas o en trata de blancas.

En esta primera entrevista, en lugar de enfocarme en su conflicto con los policías de Lyon, centré mi interés en el uso de *máscaras* en las relaciones humanas que mencionaba en su libro. Le dije: “Sea cual sea el color de la cara o la piel de unos o de otros, vamos todos enmascarados a encontrar a los demás. La máscara es una puesta en escena de la personalidad, pero lo que realmente entra en juego en los encuentros, es la persona que la máscara recubre con artefactos, siempre hechos de convenciones sociales.”

Creo haber dicho que más allá de las máscaras era necesario atribuir al otro una complejidad difusa con la cual cada persona hace su pan de cada día.

Consideraba las propuestas con las cuales Fanon me gratificaba en este encuentro como los dones de sus *cartas credenciales*. Estaba frente a mí el embajador de la *singularidad* de su historia.

Muchos años después, encontré de nuevo a Fanon –ya comprometido en la guerra de liberación de Argelia– en París. Le recordé nuestro primer encuentro, y le dije que en *la llamada*, que el texto verbal del Corán atestigua, se dice en la sura inicial que cada día (es mi interpretación) sigue al día que precede y permite ver el día de la Retribución (*Din*): no el juicio final, pero la obligación legal de la creencia y de la fe en los eventos venideros.

Hoy, escribiendo esta nota para que se pueda leer en Argel, estoy feliz de traer a mi vez mis cartas credenciales, es decir, mi deber, mi expresión de simpatía, que me une con lo que ha representado Frantz Fanon en sus

trayectorias históricas en todas partes. Esto, obviamente, en Blida y en otros lugares, y más allá de todas las evoluciones políticas y sociales de los grupos confrontados trágicamente con demasiada facilidad en el curso de la historia de las naciones.

Los vínculos de simpatía que se forman en los encuentros humanos no garantizan en nada las trayectorias sociales en las cuales cada uno está comprometido. Lo que nunca nos protege de comprometernos con lo que acontece, aquí y ahora, en los encuentros con los demás y con su entorno.

Menciono rápidamente el recuerdo de algunas comidas, cuya riqueza y las polivalencias de los significados aparecen sólo renovándose después (*après coup*).

En primer lugar, pienso en una comida en el internado de Saint-Alban. Se reunieron el médico director y su esposa, mi esposa y yo, así como los internos –incluyendo Fanon– con motivo de la llegada del farmacéutico del hospital de Blida, el Dr. J. Sourdoire. Este último acompañaba a una paciente de la colonia europea de Blida para su cura en Saint-Alban.

Podría contar aquí unos chismes que emergieron –no sin celos explícitos– entre algunos participantes de esta alegre comida-baile. Señalo sobre todo el hecho de que, mucho antes de poder soñar con ir un día a Blida como médico jefe, Fanon estableció su primer contacto con los avatares de la locura humana provocada en el norte de Argelia, específicamente en esta comida en Saint-Alban. La historia está llena de repeticiones inesperadas y sorprendentes...

De paso, me gustaría repetir lo que dije a Fanon, más tarde, de esta comida: “En todas las reuniones, más o menos alegres, se trata de problemáticas de carácter conflictivo marcadas más o menos por los celos.”.

Sin duda, un poco en broma, le dije a Fanon que los policías que le habían detenido de manera violenta en Lyon estaban probablemente celosos de él, como en la ocasión de esta comida-baile algunos llegaban a ser celosos de la flexibilidad extraordinaria que mostraba cuando bailaba con sus esposas. La competencia que toma la máscara del saber profesional oculta a veces este aspecto conflictivo complejo de la sexualidad humana, representada en esta ocasión por el baile.

¡No es extraño dotar a las mujeres con anticipación de gestos y maniobras satánicos!

Probablemente hubiese podido de entrada dar cuenta de una serie de encuentros de carácter estrictamente profesional, como por ejemplo de las de los equipos de atención, en las cuales Fanon jugó su papel eficaz en Saint-Alban. Es obvio que, a menudo, estaba animado por su propio entusiasmo y su agudo verbo, fácil y relevante. Nunca sobrepasaba, en

esta ocasión, los límites organizadores de la profesión. Sin embargo, se podía observar que surgían varias puntas más o menos similares, tanto en las actividades alegres de las comidas del internado como en los grupos creados para los objetivos profesionales. Incluso podíamos darnos cuenta, en ambos casos, de numerosas equivocaciones cuyos ecos a menudo dramatizados obedecían de forma encubierta al mismo fenómeno de elecciones de tono psicosexual que tratamos de ocultar en estos momentos.

Paso ahora a otra evocación, relacionada también con las comidas que compartí con Fanon en mi casa, y, por así decirlo, de una manera menos exuberante y desbordada, como sucedió en el caso anteriormente mencionado. De hecho, cuando trato de recordar esas otras comidas que tuvieron lugar en mi casa, los episodios –que ocurrieron en realidad en momentos relativamente espaciados– vienen a mi memoria en fila india y a veces entrelazados.

El primer recuerdo que viene a mi mente es la bienvenida que mi esposa hizo a quien se convirtió en la esposa de Fanon y a su padre, su madre y su hermano menor. No hace falta decir que Fanon participaba en esta comida de bienvenida de los miembros más importantes de la familia de la mujer con la que se iba a casar –la joven que lo acompañaba en su desventura con la policía en la calle en Lyon.

Impulsado por el deslizamiento de mis recuerdos, estoy ahora mezclando este encuentro con otro en mi casa, mientras que Fanon ya estaba casado, en Blida. Su esposa y su bebé compartían la comida que nos reunía todavía en Saint-Alban.

Además, no puedo asegurar si fue con el motivo del Congreso de los médicos alienistas de lengua francesa en Burdeos, que me había encontrado de nuevo con Fanon, o si lo fue cuando, en París, ofreció un testimonio de los horrores de la tortura por parte de las fuerzas coloniales, cuando algunas redes intelectuales francesas actuaban ya contra estas ominosas actividades. Los recuerdos de estas comidas íntimas se superponen en mi memoria.

Una vez más, hay que destacar que estas reuniones, de carácter íntimo o familiar, coinciden con un gran nombre de actividades profesionales que Fanon desviaba en una perspectiva terapéutica, principalmente en el Club de los pacientes de Saint-Alban.

Esto fue muy evidente en ocasión de las representaciones teatrales interpretadas por los pacientes y cuidadores. También pienso en una de sus intervenciones en la tribuna del Club, cuando uno de los pacientes atendidos, el Sr. D. –nacido como él en Martinica– dio una conferencia sobre el legendario encuentro que hubiese tenido lugar entre el Dios blanco y el Dios negro. Por cierto, el texto de la presentación de este paciente fue publicado en la *Revista Internacional de Sociología de París*.

Fanon señaló en esta conferencia que la intervención del Sr. D. mostraba las relaciones indiscutibles que existían entre la *creación poética* y la *verdad*, así como Goethe lo había dicho. Añadió que los dioses –blanco o negro– cada uno convertido en un *padre* absoluto, llevaban a los autores de la leyenda (es decir, el mismo Sr. D.) a minimizar el papel de su madre, con la cual había que arreglar a menudo, de manera gloriosa, viejas cuentas pendientes.

Fue en esta ocasión que Fanon y el Sr. D. empezaron una psicoterapia individual, que, sin embargo, mantenía vínculos discretos con las actividades colectivas en el Club de los pacientes.

El Sr. D. regresó pronto a Martinica, aparentemente curado.

Hablando de nuestras apuestas profesionales cotidianas, me viene a la mente otra ocasión de encuentro de la línea histórica evolutiva de Fanon y de la mía, esta vez en el espacio concreto de nuestras prácticas clínicas en Saint-Alban.

Debo decir que Frantz Fanon había elegido de buena fe obedecer casi ciegamente el buen discurso destilado por la clínica psiquiátrica, es decir, por los psiquiatras con los objetivos constantes de las enfermedades mentales.

Fanon había seguido –sin estar personalmente involucrado– la vida de una paciente que había mejorado mucho. Parecía casi curada, después de muchas sesiones de terapia con insulina, donde yo y varias enfermeras estábamos poniendo a buen uso el despertar de las comas provocadas por insulina para poner en juego el vínculo del habla vacilante, en la cual ella vivía retrospectivamente su propio nacimiento y entraba en el mundo de los adultos. En la espera de su salida, esta paciente –muy mejorada, socializada, culta, atenta a la imprevisibilidad de la cultura– había sido cambiada de lugar para permanecer en un servicio abierto (la Terraza), cuyas paredes se caracterizaban, entre otras cosas, por el número y la transparencia de las ventanas.

Pero un día –estábamos todavía en casa, discutiendo de diferentes asuntos con Fanon y el Dr. Koechlin que estaba de visita– nos hablan por teléfono pidiendo al interno Fanon para una emergencia en la “Terraza”. Cuando regresó con nosotros, estaba muy enojado y muy decepcionado, ya que esa paciente, lo que fue muy inesperado para todos, había roto casi todas las ventanas. Eso ya era muy grave en sí mismo... Sin embargo, de lo que también se quejaba Fanon, era que una de las cuidadoras de ese sector –una monja, Sor Carmen– no quería transferir a la paciente a su sector de origen, en contra de la opinión de Fanon. Él decía, como cualquier buen médico, que la paciente había recaído miserablemente y que tenía que retomar el tratamiento con insulina. Sor Carmen había oído hablar de la existencia de lo que llamaban, según Kretschmer, las psicosis de fachada, concepto desconocido en la psiquiatría clásica de Lyon.

Pensaba que frente a la angustia de regresar con sus familiares y a la normalidad social, los pacientes con frecuencia entraban en las manifestaciones muy espectaculares de locura sin que éstas tuvieran una relación con lo biológico. La enfermera, hermana Carmen, exigía la autorización para continuar el proceso aleatorio de una larga presencia psicoterapéutica, haciendo dibujos con la paciente. Tuve que mediar de manera urgente en este conflicto entre el saber de Fanon y el saber de la enfermera. Di a esta enfermera algo de confianza. Pensaba que podría tratar de desmontar las causas de esta recaída.

De hecho, siguieron cuarenta y ocho horas de esfuerzo entre la paciente y la enfermera, sin interrupción, de día y de noche. A partir de la práctica de los dibujos y de los comentarios siempre con un matiz sexual evidente –especialmente con el autoerotismo– la paciente reanudó su vida social más correcta. Después de un mes, salió, y como es apropiado informar, nuestra heroína se casó normalmente y tuvo dos hijos sin ninguna recaída en su ruidosa esquizofrenia paranoide.

El recuerdo de esta anécdota profesional muy espectacular y dramática viene a mi memoria sólo para insistir en que, independientemente de las orientaciones correctas de un terapeuta revestido de su saber, cuando una serie de desastres acontecen durante la cura de un psicótico, todos retomamos casi automáticamente nuestras viejas concepciones objetivas sobre las supuestas enfermedades mentales. Podemos decir que todo el mundo se deja engañar por estas trampas que aparecen en cualquier psicoterapia más o menos institucionalizada. Los mejores psicoanalistas también...

En relación con esta actividad de Fanon en el Club, recuerdo que justo antes de salir a Blida, ocupó la tribuna de la Sociedad de Gente de Letras de Mende, donde dio una conferencia sobre el espacio de las representaciones escénicas de las comedias y tragedias humanas.

Me parece que, sin responder abiertamente a la cuestión abstracta acerca de la psicoterapia institucional –y el anclaje en el cual Fanon se ubicaba en nuestras acciones en el hospital Saint-Alban– el conjunto de los recuerdos anecdóticos precisos que acabo de relatar permite hacer una lectura demostrativa de las vueltas concretas que constituyen los vínculos institucionales entre las personas; es así como aparece en las acciones, y especialmente en el habla, el material fabricado por la psicoterapia institucional.

Hay que subrayar, en primer lugar, que cada uno de nosotros se encuentra, se ubica y se mueve en las *redes humanas*, que nunca se limitan, a pesar de las apariencias, a los *acontecimientos* que están en juego en los grupos. Cada persona, enferma o sana, trae allí –incluso cuando no ocupa el primer plano de la realidad social humanamente visible– los *condensados*, más o menos conservados, o divididos, que se refieren, en primer lugar, a su familia de origen y a sus proyectos, que son

proyectados, accesorios en las interacciones del grupo, donde cada uno se vuelve a su cuenta el *autor*, el *director* y el *actor* que interpreta su papel con otros autores-actores.

Redes o nudos de relaciones tejidas entre sí se comprometen por los sentimientos de simpatía, por las afinidades electivas y los rechazos más o menos violentos.

Se cortan rebanadas. Se hacen elecciones diversas que toman forma, separadas de un fondo más o menos continuo que pasa a segundo plano.

Podemos decir que todo el mundo toma posición en el grupo, probando la reacción del otro, a menudo a partir de las sensaciones vagas que uno traduce por las expresiones banales: “Tener intuición”, “no soportar al otro”, “estar al corriente”, “actuar a ojímetro”; y, en su caso, se aleja de los otros divididos o aislados de todos: el “ojímetro” y los “esquizómetros” se ponen a trabajar a la vez.

De esta forma, uno puede quedarse absorto ante el olor de los jardines que reúnen flores, verdaderos órganos genitales heteróclitos, listos para la fertilización.

El transcurso de cada psicoterapia se produce por evocaciones directas o indirectas de los recuerdos re-actualizados.

Lo que mi texto dice sobre Fanon constituye en realidad las “partes” muy similares a lo que se recuerda durante cada psicoterapia concreta, cuando ésta se lleva a cabo de manera discontinua, pero se abre con arte.

*Por desgracia, la psicoterapia institucional ha sido entendida únicamente como siendo reducida al intramuros de los hospitales psiquiátricos clásicos.*

Al contrario, la exposición que acabo de hacer, con relación a la bienvenida y algunos encuentros que Fanon recibió y realizó en Saint-Alban, da testimonio de este alcance que siempre va más allá de las paredes del hospital.

La conferencia de Fanon en Mende, en la que él fue capaz de resumir la elaboración teórica de su práctica en Saint-Alban, ya refleja el eco de sus trabajos sociales dirigidos a despertar y centrar el interés de algunos eruditos arraigados en el campesinado regional. La forma del discurso que presentó en Mende correspondía a un cierto nivel de expectativas culturales del grupo concreto al cual se dirigía en aquel momento. De hecho, los desarrollos de redes humanas, que aparecen en las ciudades dedicadas a la obra de la industria, toman sus fuentes y recursos de la vida en el campo, ya abandonada. Lo menos que podemos decir, sin ningún tipo de nostalgia de la naturaleza, es que el resorte de los colectivos campesinos es más fácilmente detectable que lo que se teje en las ciudades gigantes que destruyen a los hombres.



El énfasis que Fanon puso *après coup*, durante su estancia en el norte de Argelia y su participación en el FLN, en el motor campesino del cambio político, fue también un eco de su experiencia vivida a la vez en Martinica y alrededor del hospital de Saint-Alban.